

DON MANUEL MONTT,
SU ÉPOCA,
Y SUS
ADVERSARIOS POLÍTICOS.



SANTIAGO,
Imprenta de la SOCIEDAD.
—Marzo de 1851.—

ADVERTENCIA.

No pretendemos dar al público la biografía del señor Montt: carecemos de datos suficientes para ello sin que nos sea fácil procurarlos, por la escasez de nuestras relaciones en la sociedad. A esta circunstancia deberán atribuirse los errores de data u otros semejantes en que podamos haber incurrido, por defecto de memoria, pero de ningún modo de nuestros deseos.

Estos son que el público conozca y juzgue con imparcialidad uno de nuestros hombres de estado, a quienes mas ha perseguido la calumnia y el dicitario en estos últimos tiempos; sin que sus propios amigos se hayan empeñado en defenderlo con energía, ni en proclamar de frente sus merecimientos, sea que la bien cimentada reputacion del señor Montt les haya hecho despreciar las imputaciones, o que hayan creído inútil rebatir

cargos que su misma exajeracion echa por tierra.

Por lo que a nosotros toca, sin desconocer la fuerza de estas consideraciones creemos que importa altamente a la moral, e importa al juicio del pueblo, que sea repelida la calumnia y que prevalezcan la pura verdad y la justicia imparcial sobre ella.

Esperamos que nuestro presente escrito sirva a este santo fin, abriendo al ménos el camino, para que escritores mas aventajados que nosotros y con nuestra conciencia y celo por la causa de la verdad, se presenten de una vez en la palestra y pongan freno a la mordacidad y saña con que trata de mancharse la reputacion mas acrisolada.

Este objeto, unido con el deseo de traer a la vista, en las presentes circunstancias, hechos conocidos y auténticos, pero talvez olvidados en parte por aquellas personas que no han seguido de cerca la marcha de los acontecimientos políticos, nos hau determinado a vencer nuestra repugnancia, y salir ante el público, sin pretensiones de ningun jénero, y ménos la de ilustrarlo, o de convencerlo: él juzgará por sí mismo los hechos.



DON MANUEL MONTT,
SU ÉPOCA,
Y SUS
ADVERSARIOS POLÍTICOS.

I.

Muchos se habrán fijado, sin duda, en la gran-
de importancia, nacional y social, que tuvo, des-
de su oríjen, el Instituto literario y científico de
Chile; importancia que no ha hecho mas que
acrecentarse en el curso del tiempo, hasta llegar a
tomar este mismo establecimiento un rango pre-
ferente entre las nuevas instituciones que nos tra-
jo la emancipacion, y echar aquellas profundas
raices en nuestras costumbres que con fuerza
superior a las mas sábias leyes, les dan el carác-

ter de solidez y estabilidad, a cuya sombra se promueven y consolidan las verdaderas mejoras y se asegura su permanencia.

Mas no todos habrán tomado en cuenta la influencia que el mismo Instituto Nacional ha ejercido en los acontecimientos públicos, por medio de sus Directores, o de algunos de sus distinguidos alumnos, que desde temprano y con la precocidad del jenio, han sabido granjearse la estimacion y el respeto jeneral de sus concolejas, llevando estos sentimientos fuera de los muros del Colejio y conservándolos en todas épocas; sin que les atormentase, a los mas de ellos, la envidia o el amor propio, para dejar de reconocer una superioridad marcada de antemano, y de continuar tributando, al que era su objeto, el homenaje de sincera estimacion de otro tiempo.

Escusándonos de citar los servicios del venerable señor Echaurren, primer rector del Instituto y los mas de sus dignos sucesores, los de muchos profesores que han merecido la consideracion pública, o que por reconocidos títulos, tienen asentada su plaza en los primeros escalones de la Sociedad, = se nos presenta desde luego la gran figura política de don Diego Portales, con su eminente carácter moral y sobresaliente capacidad.

Fué don Diego Portales, en la primera época

del Instituto, aunque no el mayor de edad, ni el mas adelantado escolar (respecto de las clases superiores que otros cursaban), el primero de todos sus colegas en disposiciones naturales, y en quien mas anticipadamente se habia desenvuelto la razon y descubiertó el ingenio. Así tambien era por todos amado, conquistándose fácilmente el aprecio de cuantos le rodeaban, incluso los mismos superiores. Sus disposiciones hereditarias, por decirlo así, a las chanzas y burlas (mui propias de la época, aun entre personas maduras), tenian a sus órdenes a todo el colejio para su ejecución, siempre ingeniosa y bien combinada, sin que jamas fuese denunciado o traicionado el autor de tales burlas.

La desgraciada jornada de Rancagua que arrastró en sus ruinas al naciente Instituto, cortó la carrera de Portales, cuando las mas lisonjeras esperanzas se formaban de sus bellos talentos y distinguido carácter. Siguiéronse las guerras de la independenciam con mayor ahinco que ántes; época de glorias y azares, en que todo está naturalmente en manos del guerrero, sin que sea dado, ni aun mostrarse a los jénios de otro carácter.

Al de Portales le estaba reservada su época, en la que apareció como de repente, rodeado de sus antiguos y leales amigos de colejio, enfre-

ando la discordia, sofocando el jérmén de la re-
vuelta, dando al país instituciones convenientes
y una organizacion jeneral que asentó, comple-
mentó y marcó sus verdaderos límites a la revo-
lucion de veintè años.

Mas este luminar chileno brilló mui poco tiem-
po sobre nosotros, para que se gozara él mismo
en su grande obra, para que viese el fruto de sus
jenerosos esfuerzos, y para que pudiese decender al
sepulcro, tranquilo y sin zozobra, acerca del por-
venir del país. La misma terrible catástrofe que
lo arrebatara violentamente de la tierra de los
vivos, probó que aun quedaban entre nosotros
algunas mal apagadas centellas del fuego devo-
rador de las guerras civiles y de las antiguas re-
vueltas.

Entretanto en el fondo de ese mismo Instituto
Nacional, se habia formado por sí mismo y creci-
do en el concepto de sus compañeros, un jóven
de excelentes disposiciones, pero a quien falta-
ban los recursos, las relaciones y hasta los estí-
mulos de un padre, por haber quedado huérfano
de él en su edad tierna. Don Manuel Montt habia
entrado al Instituto en una beca gratuita de Se-
minarista. De carácter grave y serio, de modales
suaves y sencillas, lleno de moderacion y de una
precoz prudencia, se habia atraído desde el prin-

capio y sin pretenderlo, las simpatías de sus colegas: su capacidad y estremada aplicacion, le proporcionaron bien pronto el primer rango entre todos ellos; y no limitando sus lecturas o estudios a los textos y formas usuales, habia ensanchado la esfera de su instruccion y adquirido una marcada superioridad, que hacia le mirasen con jeneral deferencia y respeto.

La época de que nos ocupamos era bien diferente de aquella en que Pórtales habia dominado en el Instituto. Estudios mas variados, de mas inmediata aplicacion y mas sérios y estensos que los de la primera época, y un réjimen moral, comparativamente mejor enténdido, imprimian tambien un carácter diferente a sus alumnos. Las chanzas y burlas de otro tiempo, apénas tenian lugar entre unos pocos, y hasta se iban haciendo ménos frecuentes los juegos o diversiones propias de la primera juventud. Era el tiempo en que debian predominar por sí mismas la capacidad, la firmeza de propósito y el ingenio, unidas a la sinceridad, a la modestia y aquellas prendas del corazón que se comunican en la intimidad y el abandono y que ejercen una influencia irresistible sobre las almas bien puestas, principalmente en la bella estacion de la vida en que la envidia o la desbordada ambicion no han penetrado o toma-

do asiento en los jenerosos pechos de una juventud florida.

Tal era don Manuel Montt, respecto de sus numerosos amigos de colejio, cuando estalló la revolucion de 1829, penetrando sus agitaciones y zozobras el interior de aquellos claústros, sin que menguase por eso el ardor de su aplicacion al estudio, o perdiese en alguna manera el concepto granjeado, aun entre aquellos que profesaban opiniones opuestas.

Don Manuel Montt, al mismo tiempo que concluia su carrera de estudios, recorría toda la escala de ascensos que ofrecía el Instituto desde el modesto cargo de inspector, hasta el de jefe del establecimiento, con gran provecho de la educacion pública. Desde que tuvo parte en la direccion, llevó su espíritu de mejoras al sistema de rentas, al réjimen económico, procurando introducir, con nuevos estímulos de adelantamiento, una disciplina eficaz entre los alumnos, mejorar su condicion, e imprimirles sobre todo su carácter moral y su celo.

Sin embargo de esto don Manuel Montt, por su jenio retirado y poco comunicativo, sin tomar en cuenta el círculo de sus compañeros, apenas era conocido por algunos de los padres de sus alumnos y unos pocos amigos de fuera del Instituto.

La sublevacion militar de Qúillota, con su terrible e inesperado crimen sobre la persona del hombre eminente de la época, don Diego Portales, vinieron a poner en evidencia la capacidad y carácter firme y laborioso de don Manuel Montt. Llamado pocos meses ántes a prestar sus servicios en clase de oficial mayor del ministerio del Interior, desplegó en aquellos dias aciagos, una decision, actividad y enerjía nada comunes, y una calma de espíritu que contrastaba notablemente con la confusion de los unos, el apocamiento de otros, las irresoluciones de los mas y las justas alarmas de que todos se hallaban penetrados.

Semejante disposicion y conducta, puestas de manifesto en una crisis calamitosa y en circunstancias de prueba, no pudieron ménos de llamar la atencion de los miembros del gobierno, y de cuantos lo rodeaban en aquel tiempo, don Mariano Egaña entre ellos.

Así que derrotada y castigada la sedicion, aplacados los ánimos inquietos, y vueltas las cosas a su natural asiento, al mismo tiempo que se preparaba, con teson y actividad, la primera expedicion al Perú, se establecia un nuevo ministerio, destinado a dar a la instruccion pública la importancia que se le debe, sobre todo en un país principiante y rejido por instituciones republicanas.

Don Manuel Montt, que como se ha visto, acababa de ser conocido ventajosamente por don Mariano Egaña, a quien fué encomendado el nuevo ministerio, no tardó en atraerse las simpatías, y adquirir la confianza del ministro. De aquí data la intimidad de estos importantes personajes; intimidad y buena armonía, que empezando por ejercer la mas saludable influencia en la instruccion de la juventud, continuó siendo de gran provecho, en el curso del tiempo, a los diferentes ramos de la administracion pública que la bien formada intelijencia de don Mariano Egaña abrasaba con su vasto saber y a cuya cabeza habia de encontrarse mas tarde el Rector del Instituto.

Mas, sin que por entónces fuera obstáculo la poca edad de don Manuel Montt (que siempre los caracteres superiores desde temprano se muestran), aun no habia llegado para él la época peculiar de su índole, por decirlo así; y debia recorrer otros escalones en que al mismo tiempo granjease autoridad y esperiencia.

La época en que nos hallábamós, era mas bien la complementaria de don Diego Portales. El gobierno de entónces se apoyaba en los amigos del finado ministro; rodábale su prestigio, y parecia en todo inspirado y sostenido por su espíritu.

Mandaba al Perú, sin admitir transacciones, un ejército tras otro: se manifestaba enérgico, vigoroso y lleno de recursos en el interior, apesar de los gastos extraordinarios de la guerra en que se hallaba empeñado; y no daba treguas a los promotores de conspiraciones, o pactaba con sus antiguos y poderosos enemigos; bien que apetecibles fueran en aquella coyuntura sus servicios.

El mejor éxito coronó sus empresas en el exterior; y apenas desembarazado de la guerra, convocó las cámaras legislativas y devolvió las facultades extraordinarias de que se hallaba investido y de que habia hecho el mas bello uso la víspera: los jenerales, jefes y oficiales, destituidos en tiempo de las guerras civiles, acababan de ser restituidos a sus antiguos honores y empleos, cuando ya no eran necesarios sus servicios.

De este modo el gobierno del jeneral Prieto, en el pleno goce del prestigio de la victoria, y dos años ántes de terminar el segundo período presidencial, iniciaba una nueva era en la política chilena y empezaba a rodearse de hombres nuevos, pero de luces y probidad, que la adoptasen con sinceridad y la dirijiesen con tino y prudencia.



II.

La época que se iniciaba, en lugar de la pasada, iba a ser puramente parlamentaria; y en vez de la guerra exterior, de las azonadas o revueltas de la plaza pública y de las tenebrosas conspiraciones, con que habían tenido que luchar, mas o ménos, todos los gobiernos, hasta llegar a reprimirlas con sistema y constancia enérgica el del Jeneral Prieto, la contienda de los partidos marchaba a ejercitarse francamente y a la luz del dia sobre otro terreno.

Don Manuel Montt tomó su asiento en la Cámara de Diputados; y en la primera elección, si no faltan nuestros recuerdos, fue elevado a la Presidencia de este cuerpo. Al ménos no puede dudarse que se dió a conocer bien pronto en ese nuevo campo de acción de la inteligencia, de la

probidad y del poder del jenio; y que con tales dotes supo dar a la presidencia de la Cámara la autoridad conveniente.

Mas aun no habia llegado el tiempo en que sus talentos de orador brillasen a la par de los que en la otra Cámara atraian la atencion pública. Allí un Benavente, un Egaña, un Renjifo, un Bello, habian dado de antemano luminosas muestras de profundidad, de raciocinio y aun de verdadera elocuencia. La Cámara de Diputados se estrenaba recien en esta carrera; y si ella poseia en su seno a un Campino, un Montt, un Irrarázabal y otros distinguidos talentos, faltaban los hábitos parlamentarios y aun habian faltado ocasiones propicias en que tomasen vuelo sus hombres de mérito.

Don Manuel Montt fue llamado al ministerio; y dejando el sillón de la presidencia de la Cámara, se mezcló entre los Diputados, para combatir, por decirlo así, cuerpo a cuerpo.

La lucha que iba a empeñarse, debia ser terrible y decisiva: las crisis electoral estaba a mano: los partidos se miraban, median sus fuerzas y hacian grandes preparativos. No se trataba solo de cuestiones políticas: mezclábanse, mas que de ordinario, los intereses personales; y todo parecia presajiar que aun la misma cuestion electoral,

debía tener su final solución en el cuerpo legislativo.

En breve don Manuel Montt, por el retiro de sus colegas, hubo de encontrarse solo a la cabeza del gobierno. I bien que con una causa mas popular fuera de la Cámara, que la de los dos partidos opuestos, en el seno de ella se contravalanceaban estos en número y fuerza con los sostenedores del gobierno. Entretanto no era posible la agregación de alguno de estos partidos a los miembros adictos a la administración; y por el contrario no faltaron ocasiones en que los dos partidos estrechos se ligaron contra el moderado que representaba leal y francamente el ministerio.

Por entónces consiguió don Manuel Montt asociarse en sus tareas al Senador don José Miguel Irarrázabal; importante adquisición para el gobierno, y mucho mas en aquellas circunstancias. No dudó en cederle su puesto en el ministerio del interior, pasando don Manuel Montt al de Justicia y conservando interinamente el de la Guerra; pero cargando siempre con toda la responsabilidad de la elección que se acercaba, lo mismo que con el peso del debate en la Cámara de Diputados.

En esta Cámara se presentaban diariamente cuestiones importantísimas, y de suma trascen-

dencia para la marcha del gobierno. Tales fueron, entre otras, la de nulidad de la elección de Diputado por San Felipe, que sostenía el gobierno; la de reforma de la lei electoral; y hasta la de presidencia de la misma Cámara, que se había hecho asunto de partido y de grande influencia en los debates actuales o que se aguardaban en breve. Don Manuel Montt, con pocas mas de un tercio de la Cámara por parte del gobierno, supo hacer frente y triunfar completamente en las dos primeras.

De este modo el año de 1841 se presentaba desde el principio, como un año crítico, en que la Constitución del Estado iba a ser, puede decirse, puesta a su primera prueba, en una elección verdaderamente libre y popular del primer magistrado de la República; mientras que se entraba a la vez en el mas franco desenvolvimiento del sistema representativo.

Hubiera bastado lo primero, aun sin las contradicciones que se esperimentaban a cada momento, para desalentar a cualquiera ánimo ménos decidido y emprendedor que el de don Manuel Montt.

Verdad es que el candidato del gobierno gozaba de la mas bien merecida popularidad en todo el país: que su misma candidatura había sido pre-

vista años atrás, y proclamada con entusiasmo, cuando la victoria coronaba las armas chilenas en pais extraño; y que con todo el prestigio del mérito adquirido de antemano y de las recientes glorias, no podia presentarse en contraposicion otra candidatura que la del Jeneral Bulnes, que asegurase para lo venidero una paz durable o la estabilidad de las instituciones. I esta paz y semejante estabilidad eran indispensables en el jiro constitucional adoptado, no ménos que para aspirar al verdadero progreso en todos ramos.

Mas al lado de estas ventajas para el ministerio, o de estas prendas de acierto en sus bien meditadas combinaciones, viéronse sucitarse contra él obstáculos de todo jénero, que pusieron a cada paso en duda el buen éxito de la eleccion, hasta llegar a contravalancear aquellas ventajas. De este jénero eran las maniobras, cada vez mas activas, de los partidos; las seducciones que empleaban en el espíritu de las clases poco aventajadas; las decepciones y hasta las intrigas de un carácter poco leal.

Debe agregarse que los caudillos de estos partidos y un número no pequeño de sus secuaces, eran personas de influjo y crédito; sin que faltasen entre ellos, individuos notables, por sus antecedentes, sus fortunas y por servircios públicos

en diferentes ramos. I fuerza es confesar que las maniobras e intrigas de que usaron, no traspasaron en lo público la línea legal, ni se les oía proclamar el trastorno del Estado.

Era pues menester desconcertar planes bien meditados y avanzados, sobreponerse a la influencia y poder de los opositores y contrarrestar sus maniobras secretas. El gobierno obtuvo en esta parte el fin de sus esfuerzos.

Mas ellos no fueron bastante poderosos para impedir que se retirase del ministerio, el Senador don José Miguel Irarrázabal. Fue este un contratiempo sério para el gobierno, que hubiera aumentado las dificultades de que se hallaba rodeado, a no haberse logrado que don Ramon Luis Irarrázabal sucediese a su hermano en el ministerio.

Era una verdadera adquisicion para el señor Montt, a quien unian antiguos y estrechos lazos de amistad con el nuevo ministro. Su asistencia en la Cámara de Diputados, iba a ser sobre todo importante en aquellas circunstancias; mientras que el hermano mayor, recién salido del ministerio, llevaba a la otra Cámara un cabal convencimiento de las ideas y miras del gobierno, para desenvolverlas y sostenerlas con su conocido celo.

Bajo tales auspicios y con el gabinete casi com-

pleto, llegó la época electoral, cuando don Manuel Montt, que era el alma de este gabinete, tenia establecida su reputacion de primer orador de la Cámara de Diputados.

El tacto y buen juicio con que fue dirigida la eleccion; la moderacion y aun buena armonía que prevaleció durante la lucha entre los tres partidos rivales; y el triunfo completo, por no decir espléndido, que obtuvo el candidato del gobierno, acreditaron la sagacidad, prevision y superior intelijencia que habia presidido a sus consejos, y dieron a don Manuel Montt el primer rango entre nuestros hombres de estado.

Mas no por eso le permitió su modestia tomar este rango en el primer gabinete que formó el Jeneral Bulnes a su advenimiento a la presidencia de la República. Hombres de esclarecido mérito y esperiencia, como don Manuel Renjifo y el mismo don Ramon Luis Irarrázabal, fueron llamados a tomar una parte activa en la administracion; y don Manuel Montt, continuando en el ministerio de justicia e instruccion pública; se encerró, por decirlo así, en el círculo de sus funciones, sin dejar de prestar a sus colegas, en los consejos del gobierno y en las Cámaras Lejislativas, su mas franca y decidida cooperacion.

Don Manuel Montt contrajo en esa época sus

trabajos a la mejora de la administracion de justicia y principalmente de la instruccion pública. La primera adquirió estabilidad y verdadera independencia. La instruccion secundaria, fue ensanchada y mejorada en el instituto nacional, en que se formara ese precioso plantel de profesores que debian difundirla en los principales pueblos de la República; y la primaria, recibió un impulso ántes desconocido, en la multitud de escuelas que se establecieron por todo el pais, y principalmente en esa creacion importantísima, hecha sin ruido ni aparato y apenas percibida entonces, la «Escuela normal de institutores primarios;» creacion verdaderamente popular que se halla produciendo ópimos frutos en favor de la comunidad. La Universidad de Chile, llenando las exigencias de la lei fundamental en esta parte, vino a complementar el vasto sistema de instruccion pública en todos sus ramos; a darle estabilidad; promover sus mejoras, métodos y adelantamientos; y criar por todo estímulos al saber y la moralidad.

Don Manuel Montt, sin salir de su especialidad, hizo del ministerio de justicia e instruccion pública, uno de los mas activos, laboriosos e influyentes del gobierno. El culto nacional, su esplendor, decoro y práctica aplicacion a la moral

pública y mejora de costumbres, le merecieron, como era de su deber, especiales cuidados, en la organizacion de las nuevas diócesis, el personal ilustre del episcopado, y la subdivision de las parroquias mas estensas que empezó a obrarse en esta época. Miéntras tanto en la nueva universidad se daba el primer rango a las ciencias sagradas; y nuevos estímulos a los adelantamientos del clero, en la academia práctica de estas ciencias, que incluía por primera vez en Chile, la lei universitaria.

Don Manuel Montt tuvo que encargarse interinamente del ministerio del Interior, con motivo de haber recaído el ejercicio de la vice-presidencia de la República en el señor Irarrázabal, por enfermedad del Presidente. I habiendo enfermado igualmente el mismo señor Irarrázabal, de modo que el estado de su salud no le permitia volver al ministerio, el señor Montt fue encargado definitivamente del mismo departamento.

Por entónces el personal del ministerio habia cambiado esencialmente. La muerte del ministro de Hacienda, don Manuel Renjifo, habia privado al gobierno de un servidor distinguido, por su laboriosidad y esperiencia; y la reciente promocion de don Manuel Montt, dejaba vacante el ministerio de Justicia. Al ministerio de Hacienda

fue llamado don José Joaquín Pérez, sujeto de bien establecida reputación de probidad, sano juicio y moderación de sentimientos e ideas. Las mismas calidades se notaban en el Ministro de Guerra y Marina, jeneral don José Santiago Aldunate, personaje de antiguos servicios y en quien había prevalecido siempre el carácter de hidalguía. El ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, fue provisto en el Rector del Instituto Nacional don Antonio Varas, que se halla hoy a la cabeza de los departamentos del Interior y Relaciones exteriores.

El señor Montt encontró desde luego en semejantes colegas sinceridad, franqueza y decisión; y sin ostentarse en manera alguna el jefe del gabinete, y aun con un estudio particular para no manifestar su influencia, era oído siempre con deferencia y ocupaba en realidad el primer puesto en la política de la época.

La paz interior y exterior, profunda e inalterable, de que disfrutaba el país desde el avenimiento del jeneral Búlnes al supremo puesto, había impreso su carácter peculiar a la política de aquel tiempo; política de moderación y de progreso, que permitió a don Manuel Montt el desenvolvimiento y ejecución de varios proyectos de reforma o mejora, de beneficencia o ade-

lancamiento, que están vijentes, y abrieron la puerta o dieron la norma para que se siguiese casi sin interrupcion, la misma carrera de sólidos progresos que ha marcado por todo la era de la administracion del jeneral Búlnes.

Mas este sociogo público y la atencion esclusiva del gobierno a la mejora de todos los ramos administrativos, no debia durar largo tiempo. La agitacion de los partidos empezó a manifestarse como desde dos años ántes de la terminacion del primer período presidencial del jeneral Búlnes, haciéndose estensa y alarmante en el último año.

Don Manuel Montt se encontró sobre sí con una segunda eleccion, en la que si bien no tomaron parte todos los hombres políticos de la primera, se presentaba en la palestra una nueva serie de pretendientes a los honores públicos, con pocos o ningunos merecimientos, y en proporcion con mayor audacia; alimentando y desenvolviendo los mas siniestros proyectos contra el orden público.

El gobierno que en época anterior se habia confiado demasiado en su imparcialidad y deferencia respecto de todos los partidos, no contaba en la crisis que estaba a mano, con el apoyo decidido y eficaz de ninguno de ellos. Fué nece-

sario, por decirlo así, improvisar un partido de la administracion; y la «Sociedad del orden» fué formada. En ella se reunieron y reconocieron todos los ciudadanos influyentes de la capital, que tomaban a pechos la conservacion de la tranquilidad pública, amenazada por los avances del partido opositor y su desenfrenada prensa. Púsose la nueva Sociedad en relacion con las Provincias; y en breve tiempo se vió surgir de todas partes una mayoría nacional, apoyando activamente al gobierno.

Entónces las malas pasiones de la oposicion en su despecho, se desbordan, se traducen en azonadas tumultuosas, en conspiraciones secretas y otros atentados contra el orden y las leyes.

El gobierno se ve en la necesidad de contener y vencer estos desórdenes; y en el duro dilema de hacerlo con la fuerza armada, esponiendo las vidas de los ciudadanos, o por el medio moral que para estos casos la constitucion franquea, se resuelve al fin por el último término. Y solo en la noche que precedió a la grande asonada que debia tener lugar en la cañada, se declaró el estado de sitio de la capital, cuando apenas pudo contenerse el mas que iniciado tumulto.

Don Manuel Montt habia resistido tenazmente esta medida que solicitaban del gobierno cuan-

tos le rodeaban; y no pudo conformarse con ella y aconsejarla, sino en el último extremo. La Sociedad del orden y todos los buenos ciudadanos se apresuraron a felicitar al gobierno por la medida de salvacion adoptada.

La reeleccion del jeneral Búlnes tuvo lugar por una gran mayoría; aunque no sin contradicciones ni zozobras, que felizmente calmaron del todo, con el mismo resultado de la eleccion y el buen sentido del pais, decidido por la conservacion del orden. Era la segunda vez en que la constitucion del Estado habia sido probada en la piedra de toque de la libre eleccion del primer magistrado de la República; y en ámbas ocasiones, los partidos de oposicion, sin traba ni coaccion, habian usado de todos sus recursos, y hasta de los medios vedados en la última. Con todo el orden público y la causa de la lei, habian salido triunfantes.

A don Manuel Montt habia cabido la gloria de dirigir los consejos del gobierno en ámbas crisis, teniendo sobre sí la inmediata responsabilidad del orden público y la conservacion de las instituciones: sus votos estaban colmados. Pero queria dar una prueba pública de su desinteres y desprendimiento; y el dia de la instalacion del Presidente, se retiró irrevocablemente del gobierno:

sus colegas todos le siguieron.

Al retirarse de la direccion de los negocios públicos don Manuel Montt, dejaba cimentado el orden, despues de la segunda y mas ruda prueba que habia sufrido; dejaba al pais entero convencido de la excelencia de nuestras instituciones, apegado a ellas, y decidido a sostenerlas a todo trance. Los espíritus tumultuosos de entonces, desengañados o aplacados, se apartaron de la escena de las agitaciones y revueltas; y ha sido necesario un impulso artificial o un esfuerzo superior, para que la paz pública fuese turbada en los presentes tiempos.

Entretanto y aun en medio de la agitacion electoral, de que acabamos de ocuparnos, en el ministerio del Interior se habian ejecutado importantes trabajos, cuyos frutos recoge el pais desde aquella época. La enumeracion de ellos nos haria traspasar los límites propuestos: tendríamos ademas, para que semejante trabajo fuese completo, que referirnos a los actos de los otros departamentos del gobierno; cuyos ministros, siempre acordes y satisfechos, se vieron rivalizar en delicadeza, actividad y celo.

Por lo que respecta al régimen constitucional y su desenvolvimiento, los pasos dados en este corto período, equivalen, segun nuestro modo de

ver a largos años de profundo estudio y provechosa experiencia. La constitucion fue bien comprendida y rectamente aplicada: las relaciones entre los altos poderes del Estado, regularmente definidas; y sobremanera adelantado el sistema representativo, si se toman en cuenta el punto de partida y la reciente data de nuestros primeros ensayos. Las Cámaras lejislativas, dando la preferencia debida a sus mas importantes atribuciones, consideraron desde luego como su primera garantía, como la prenda mas segura de verdadera libertad, su contraccion al arreglo y economía en los presupuestos; y haciendo a un lado vanas u ociosas teorías de otras épocas, prevaleció en esta el espíritu de investigacion y de escrupulosa cautela en el exámen del presupuesto. El Gobierno, por su parte, habia dado ejemplo, dictando decretos (convertidos despues en leyes) que regularizaban la distribucion del presupuesto, imponiéndose travas sobre su precisa y determinada inversion. Todas las leyes fiscales participaron de esta bien entendida preferencia.

En resúmen, la constante atencion del gobierno, de la lejislatura y del público, durante el primer período del jeneral Bulnes, se habia convertido hácia la administracion de justicia, la ins-

trucción pública, el fomento industrial, la observancia de la Constitución y el desenvolvimiento práctico del sistema representativo. = El orden civil quedaba establecido.

III.

La carrera política de don Manuel Montt, como acaba de verse, se ha encontrado por todo, sembrada de escombros y contradicciones. Al iniciar una nueva marcha gubernativa imprimiéndole su espíritu de mejora y de adelantamientos, haciéndose el representante de las nuevas ideas de los hombres que no estaban ligados a querellas pasadas no podía satisfacer los deseos de los partidos predominantes. Tuvo que allanar el camino del bien, pasar sobre las contradicciones y llegar a la meta señalada de antemano por la conciencia pública y el estado que felizmente había logrado el país, con la terminación de las discordias civiles y el establecimiento.

del orden legal. Tuvo por consiguiente que chocar con las preocupaciones revolucionarias y añejas a un mismo tiempo; que combatir errores; mortificar el amor propio; la envidia y otras malas pasiones; y sofocar en su origen o en su desenvolvimiento, talvez criminal, infundadas y temerarias aspiraciones. Todo esto lo emprendia y ejecutaba un jóven sin antecedentes bastante conocidos, y casi sin otro apoyo que el de su virtud, su capacidad y su constante celo.

He aquí mas que suficientes causas o pretestos, para que en la triste marcha de la humanidad, se sucitasen a cada paso ardientes adversarios contra el hombre público de dos épocas críticas; el que enseñoreó entónces la situacion, y la definió, para lo venidero en el sentido del verdadero orden civil; donde no hai mas prestigio ni se tributa mas honra, sino la que es ajustada al positivo y reconocido mérito.

Mas no era esto todo lo que podia exitar animadversion en espíritus mezquinos: era menester fraguar motivos que nunca habiau existido; o empezar a manera de don Basilio, por insinuar prevenciones y sembrar la semilla de la calumnia, halagando el amor propio de los unos, y aprovechando la credulidad de otros; para levantar una atmósfera de ódios inicuos y torpes.

pasiones en derredor del distinguido hombre público que los nuevos aspirantes al poder, en su demente ambición, creen el único obstáculo a sus empresas de trastorno, de monopolio y de despotismo faccionario.

Entretanto, y en medio de su trabajo cotidiano perseverante y progresivo, en este sentido inmoral de perversión y de infundada saña, no contaban por fortuna los caudillos noveles, con el carácter y circunstancias peculiares del pueblo, sobre cuya índole e instintos peculiares, pretendían obrar, para asentar después su soñado dominio. No conocían que este pueblo, naturalmente pacato y tranquilo, no alimenta rencores ni se mueve por charlatanismos: que desconfiado por carácter, mira con doble desconfianza a los que se erijen como sus maestros, con finjidas promesas, que nunca han cumplido, de comodidad y bienandanza para ellos y para sus hijos. No han comprendido la seriedad y solidéz del carácter nacional; y han creído, en su desvario, que podían hacerle cambiar su tranquilo modo de ser actual y los bienes que ha conseguido, por la ajitación y el ócio de otro tiempo, con la funesta y fatal jeneracion de males que traen en su séquito. Han presumido, en fin, que a un pueblo semejante, se le podía exitar al desorden y al exceso por

medio de espectáculos ruines^o de ridículas far-
zas; y el pueblo ha sonreido de lástima o de des-
precio delante de ellos, de sus grotescás apti-
tudes y menguadas insignias.

Nada ha quedado por hacer a los agitadores, pa-
ra señalar al ódio público una nueva víctima; y
el mismo ódio fanjido y la exajeracion de to-
dos los dias, han hecho levantar la cabeza al
pueblo humilde a quien se dirijian; y en es-
te supuesto monstruo de criminalidad, de in-
humanidad y perfidia, en este aborto de la na-
turaleza, que se les describe a una voz, y en todos
los papeles de la oposicion, como una fiera se-
dienta de sangre humana; afilando siempre las
garras para la devastacion y la carnicería, el pue-
blo chileno ha descubierto a uno de sus compa-
triotas, de la misma naturaleza, del mismo ca-
rácter y aun de la misma pasta de todos ellos. Ha
ido mas adelante; y en el *tirano* Montt, ha en-
contrado un buen padre de familia, un hombre
modesto y llano, un excelente ciudadano, servi-
cial sin pretenciones, de ideas sanas, sensible y
caritativo.

Nada dirémos de las personas de alta educa-
cion y cultivado criterio: todas reconocen en don
Manuel Montt las eminentes cualidades que he-
mos descrito al principio; todas hacen plena

justicia a sus grandes servicios; sin que se arren-
dren de proclamar ámbos merecimientos muchos
de los mismos individuos a quienes las pasadas
tormentas envolvieron en la desgracia o el des-
tierra. Pudiéramos citar algunos de estos ligados
al señor Montt por el reconocimiento; sin que fal-
ten otros que ignoren hasta el dia cual fué la ma-
no oculta y jenerosa que los socorrió con libera-
lidad, miéntras el deber le impelia a separarlos
temporalmente del foco del incendio, en que tal
vez hubieran perecido.

¿ En dónde están pues , los enemigos per-
sonales o los adversarios políticos de don Ma-
nuel Montt? Están en dos o tres papeles de
nefanda memoria, que hace poco hemos vis-
to nacer y sucederse para desmoralizar al pue-
blo, y que solo causaron horror, y perecieron
por la detestacion jeneral y el desprecio : están
en dos diários que todavía existen para vergüen-
za de Chile y para mostrar hasta donde puede lle-
gar la impudencia y el desenfreno. Están en los
pocos hombres que artificialmente sostienen es-
tos diarios, como su único asidero, despues de ha-
ber tentado y puesto en obra todas las maquina-
ciones; despues de haber llamado, sin ser oidos
a todas las puertas; de haber salido a los campos,
atravesado los mas tortuosos desfiladeros, y de

haberse precipitado por el despeñadero del mo-
tin, de la conspiracion y la revuelta.

A estos tales el fantasma sanguinoso y estra-
vagante que han querido fabricar para los otros,
persigue ahora dia y noche a ellos mismos, to-
mando cuerpo en sus imajinaciones febriles, sin
permitirles alivio ni descanso. Muévense, sin de-
signio, de un lugar a otro; desconfian de los alle-
gados y amigos; y adoptando hoi una candidatu-
ra y mañana otra, ninguna les contenta o presta
alimento a sus esperanzas, y corren desesperados
a buscarla en las mas apartadas provincias.

¿Quedan todavía algunos otros adversarios ver-
daderos de don Manuel Montt? Sí, existen algu-
nos en quienes domina la envidia, la ambicion
devora, y desde largo tiempo la contradiccion
exaspera; pero en tan corto número, que caeria-
mos en la personalidad, si describiéramos su ca-
rácter, o citásemos sus hechos. Ellos, ademas,
están comprendidos entre los primeros.

Pero dígase de una vez, por todas, la verdad
pura y sencilla: en medio de ese piélago insonda-
ble de falsedades, de ese cienago inmundo de
embustes e hipocrecias en que se han sumer-
jido voluntariamente, y viven y respiran esos
opositores del dia: sus furiosos y desespera-
dos ataques contra don Manuel Montt, prin-

ciudadanos o aumentados desde que formaron un mezquino partido y se creyeron dueños del país, con los altos poderes del Estado, reunidos en su Junta Directiva, no han tenido ni tienen otra mira, que inutilizar para el país, por medio de la difamacion y la calumnia a un hombre eminente, a un ciudadano jeneroso y distinguido, a quien se deben en gran parte los bienes que disfrutamos, y que en el vigor de la vida, continuaria una carrera brillante de servicios a la causa del órden, de las leyes y de la prosperidad nacional.

Este presentimiento les oprime, les desvela; y aun en sus mas alegres ensueños quisieran ver, y no lo consiguen, humillado a sus plantas el objeto de sus temores y sus persecuciones: quisieran distribuirse sus despojos entre ellos; porque saben que todøs juntos, no podrian comprender lo que abraza el jénio de Montt, ni elevarse a la esfera de sus jenerosos sentimientos y nobles ideas. Quisieran, en una palabra, el poder todo entero; y en Montt se han fraguado el mas terrible antagonista, el invencible obstáculo a sus locas pretenciones y vanos deseos.

Entretanto, ¿qué ha hecho don Manuel Montt para exitar semejante rivalidad, para causar tal encono? Su carrera administrativa está ya bastante léjos de nosotros, para que pudieran conservarse

rencores, sin causa, por tanto tiempo. Sus triunfos parlamentarios mas recientes, léjos de dañar han sido alguna vez de provecho a esos mismos rivales, que en el último apuro, por las tormentas que ellos mismos exitaron han tenido que implorar la influencia popular de don Manuel Montt, para calmarlas y quedar salvos. Dígalos sino la famosa sesion secreta del año pasado y los incidentes ocurridos en ella y en otros casos análogos.

Queda la carrera forense y majisterial de don Manuel Montt; y aquí tienen que cofensar sus mas encarnizados adversarios, que no puede haber entrada a la crítica, o ponerse en duda el profundo saber y delicadeza del abogado, ni la dignidad, imparcialidad e independencia del fiscal y del alto majistrado. El homenaje jeneral de respeto y aun de admiracion de todos los ciudadanos, no sufre contradiccion en esta parte; y los adversarios políticos de don Manuel Montt, tienen que doblar la cabeza, silenciosos y avergonzados.
